

1996

Bryce Echenique y Martín Romaña o las trampas del humor

Jordi Gracia

Citas recomendadas

Gracia, Jordi (Primavera-Otoño 1996) "Bryce Echenique y Martín Romaña o las trampas del humor," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 43, Article 7.

Available at: <http://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss43/7>

BRYCE ECHENIQUE Y MARTIN ROMAÑA O LAS TRAMPAS DEL HUMOR

Jordi Gracia
Universidad de Barcelona

— Pero esos muchachos son buenos, tienen fe; fíjate tú en tu compañera Inés, tiene una fe ciega.

— Sí, ya lo he notado; no te imaginas la cantidad de veces que ha pasado sobre mi cadáver sin darse cuenta.

La vida exagerada de Martín Romana.

A Bryce Echenique conviene leerle despacio, aunque su caudalosa literatura conspire incansablemente en sentido contrario. Impulsado por la inercia devoradora de situaciones cómicas, accidentes inverosímiles y domésticas adversidades, el lector puede obviar pasajes como el arriba citado. En lugares como ese se concentra toda la mágica aptitud de un novelista para crear mundos literarios y conmovernos con ellos. Ese par de entradas de diálogo refleja de manera casi negligente la significación más cabal de una densa y extensa literatura y de una novela en particular, *La vida exagerada de Martín Romana* (1981), primer título de una breve Biblioteca del Fénice, fundada por Carlos Barral para la casa Argos Vergara de Barcelona¹. Ahí están dos de los ingredientes subjetivos más importantes para la configuración personal ya no sólo del mundo de Martín Romana sino del universo literario de Bryce Echenique: la ternura de un espectador y protagonista desarmado y la ferocidad insensible del mundo extraño y ajeno. Del combate entre ambas instancias, que dependen entre sí y que se necesitan, surge ese particular modo de narrar las aventuras interiores y exteriores de un personaje dotado de mecanismos de defensa que todos *nos* conocemos, pero incapaz de disimularlos como sabe hacerlo el hombre *integrado*.

En Martín Romana el arsenal de instrumentos de convivencia está tan a la vista, es tan transparente en sus propias ansiedades y, aún más, en la sinceridad y franqueza de sus fracasos, que el lector siente activada esa suerte de resorte de la complicidad con alguien que habla y desea, que escribe y ama con el grado de imaginación y de libertad interior con el que desearía hacerlo (de tener que

ser personaje de una novela exagerada). Es en cierto modo esa retórica de la desmesura la que constituye la pieza más valiosa del personaje habitual de Bryce: tanto de Martín Romaña como, desde luego, del protagonista de esas jocosas y sincopadas memorias subtituladas con un declarado préstamo de Malraux, *Permiso para vivir (Antimemorias)*.

Pero todavía más valiosa es esa sintética etopeya que nos propone Bryce de su persona en las citadas memorias: “Escéptico sin ambiciones (y por lo tanto sospechoso de pertenecer a la única especie inocente que queda sobre la tierra), mi vida ha estado siempre condicionada por mis afectos privados, jamás por tendencia mesiánica alguna”². Importa poco la credibilidad que inspire el propio autor, o el recelo que pueda experimentarse ante su inclinación a la conmiseración, la piedad y aun la bendita autocompasión del inadaptado social. E importa poco porque sigue siendo un diagnóstico insustituible del personaje de la mayor parte de sus novelas, de la máscara del yo que suele protagonizar sus narraciones y, sin duda, también de Martín Romaña.

No es por azar que haya aludido a la profunda libertad a la que aspira el personaje central de las novelas de Bryce. De hecho, no es más que un reflejo argumental de un aprendizaje que el propio Bryce ha identificado con exactitud cronológica: “Realmente el escritor que me ayudó en los años de la redacción de *Un mundo para Julius* y al final de *Huerto cerrado* fue Cortázar. Es un escritor que descubrí en París, y la lectura de sus obras me hizo sentir que yo debía escribir sin rendir tributo a nadie, sin maestros de ningún tipo, hispanoamericanos, españoles, franceses (...) En este sentido, Julio Cortázar me dio una gran idea de libertad y una manera de escribir que no había logrado en *Huerto cerrado*”³. Y no es muy atrevido vincular ese nuevo sentido de la escritura con la defensa consciente de la oralidad y la digresión que ha esgrimido el propio Bryce, citando de nuevo a Cortázar (“Alfredo, escribe como te dé la gana”⁴), y que constituye, en cualquier caso, un binomio primario de su literatura.

Vale decir, por tanto, que pese a la infructuosa persecución de sus metas, pese a los fracasos sentimentales, el personaje de Bryce siempre tiene una cosa segura: la libertad de equivocarse, incluso de equivocarse absolutamente, dentro de esa misma lógica de la exageración y el imprevisible desarrollo de las situaciones que alimenta su obra. La misma libertad de su protagonista es la de la prosa torrencial de su creador, la misma búsqueda incansable de fuentes de felicidad explica la inestabilidad anímica que preludia cada uno de los nuevos males que asaltan al protagonista. Pero ese es el peaje de la libertad y de quien apuesta por conquistarla activamente, asumiendo los múltiples riesgos de una búsqueda como la de la felicidad (ja, ja) y aun a costa de hallazgos profundamente dañinos y autodestructivos.

Porque ese es el punto de arranque de una novela llena de avatares políticos, morales y sentimentales (por orden creciente de importancia). El vocacional escritor que es Martín Romaña desembarca en París a la búsqueda

de una felicidad presumida desde el Perú y cifrada en la dedicación exclusiva a la literatura. Las adversidades, cabría señalar, comienzan por el tramo histórico mismo en que decide Martín Romaña concentrarse en la literatura. Mayo del 68 exige una participación activa y solidaria que casa con muchas dificultades con el perfil del escritor tenaz y ordenado que es Mario Vargas Llosa en la evocación del período en *Permiso para vivir*⁵ y que ejemplifica el propio Bryce Echenique mientras redacta *Un mundo para Julius* en la novela. Y ese personaje, Alfredo Bryce Echenique, es el explicable objetivo de la mayor parte de los salivazos que escupe una irritable y neurótica Inés a lo largo de la crisis sentimental que acabará separando al frustrado escritor (Martín Romaña) de su pareja sentimental. Pero tanta contención emocional frente a la demagogia se compensa también por una suerte de emoción histórica compartida con los demás. Es, una vez más, esa característica aptitud de Bryce Echenique para jugar el primer tiempo con un equipo y el segundo con el contrario⁶. Por eso años después, en 1973, no es Martín Romaña sino Bryce Echenique quien deja escapar una furtiva lágrima a propósito de ese mítico mayo: “O tal vez, en alguna escondida butaca, algún sobreviviente del 68, entorpecido por el recuerdo, los slogans y la distancia de ese lejano mayo, lloró uno de esos llantos queditos de los personajes de Rulfo”⁷.

La evidencia de que los recursos humorísticos constituyen un instrumento de distanciamiento entre el autor y la materia narrada no debería hacer olvidar que, en efecto, Bryce Echenique seduce por esa media sonrisa que pide su literatura pero, sobre todo, por la singular veracidad que transmite, por la aptitud inequívocamente personal para sumergir al lector en las entretelas de situaciones dramáticas y aun dignas de la mejor tragedia. Pero esa inmersión se practica desde la posteridad amortiguadora de la emoción y desde la altura inteligente del etólogo que observa a sus criaturas de ficción (pero también sus hipotéticos modelos reales) desde un saber experto sobre los movimientos del ánimo y las pasiones humanas. Desde esa atalaya previa no es tan difícil reconocer el latido más veraz de una novela, y ni siquiera identificar cuanto hay en ella de entretenimiento y cuanto constituye el eje real que hace de su prosa gran y desigual literatura. Algo semejante cabría decir del grado de autenticidad de sus recientes memorias, independiente de su exactitud histórica o documental.

Pero estas consideraciones forman parte de la experiencia del lector de *La vida exagerada de Martín Romaña*, consciente de que la novela se sirve de una óptica autobiográfica y desmitificadora guiada por una lucidez retrospectiva que ha hecho variar la intensidad de los planos biográficos: lo que entonces tuvo una ferocidad emocional dañina ahora es contemplado desde la melancólica fatalidad de las cosas del corazón; lo que entonces fue el compromiso real de escribir su novela de sindicatos pesqueros es ahora la escéptica conciencia de un voluntarismo incapaz. Porque esos son los dos ejes argumentales básicos de la aventura novelesca. Por un lado la crónica del desamor de Inés, dominada por una inmadurez personal temible y arbitraria, y por el otro, la crónica de su

fracaso como novelista al anteponer intereses secundarios y espurios a los suyos propios, más veraces y auténticos o, en otros términos, la dedicación a la novela de pescadores frente a la novela que deseó escribir a su llegada a París: “¡Mierda!, por qué no escribía yo sobre esas cosas entonces, en vez de andar robándole materiales a Marx y a personajes de mi techo para una novela sobre sindicatos pesqueros”⁸.

Habría que añadir de inmediato lo que suele evocarse usualmente al hablar de Bryce Echenique, y han hecho, por ejemplo, Joaquín Marco o Rafael Cont: en sendos trabajos sobre el autor⁹. De hecho, hasta el propio Bryce se ha visto obligado a recordarlo en más de una ocasión ante la sospecha de lecturas muy rápidas y poco capaces de sus obras. Lo cito en una intervención pública reciente, de 1987, y muy precisa sobre este punto:

Lo que realmente busco con el humor es, utilizándolo como herramienta, penetrar en la realidad de una manera más profunda y sutil. Y para eso hay que empezar por burlarse de uno mismo, porque entonces es cuando se crea la ambigüedad, la ruptura del maniqueísmo y la actitud de no exigir ni siquiera ser comprendido. Lo que el humor pide es que se le crea, y por eso precisamente genera una complicidad en el lector¹⁰.

Y es esta última una experiencia que comparte todo lector de Bryce porque está íntimamente ligada a un elemento técnico tan decisivo de su literatura como el punto de vista. Véase la conclusión de Rodríguez-Peralta sobre este aspecto: “The reader becomes the narrator’s confidant, and he is invited to participate with empathy, to be involved emotionally and perhaps intellectually in the narrator’s experiences”¹¹.

A Bryce Echenique hay que tomarlo en serio, precisamente porque explota el humor como recurso fundamental de su literatura. La tradición es antigua y no citaré los títulos que avalan semejante obviedad. Sí quiero utilizarla, sin embargo, para respaldar la interpretación de *La vida exagerada de Martín Romaña* como rotunda afirmación vitalista de un escéptico lúcido, sin más fundamento que la fidelidad a la estructura moral y sentimental de la propia persona, y, a la vez, desde un profundo desprecio por la impostura o el material arrimado a la propia conciencia por interés coyuntural, inadvertencia o simple y pura estupidez. Pero incluso en este último caso, no habrá otro tratamiento por parte del escritor que el de una piedad desleída por el humor, una mirada comprensiva y casi compasiva hacia la pereza de espíritu o la impotencia cerebral para identificar el bien o el mal.

Subrayo esto último porque Bryce Echenique es el perfecto candidato a abanderar un cierto relativismo de juicio, una cierta flexibilidad ecléctica a la hora de juzgar actos y conductas. Y es justamente lo contrario lo que enseña toda su obra, y de ahí la importancia que he querido asignar al pasaje que encabeza esta nota. La literatura de Bryce sería poco más que la hilvanación un tanto caótica de simpáticas anécdotas si no fuese la ilustración regular y sistemática

(pero humorística) de la búsqueda de la felicidad, de la extenuante carrera del hombre en busca de sí mismo o de las dificultades de escapar a la versatilidad dañina y autodestructiva de los sentimientos. Inés es una despiadada agente de la estulticia humana en la medida en que es incapaz de dirimir unas cosas (la revolución, pongo por caso) de otras (el corazón de Martín Romaña abandonado en la hondonada).

Es usual la aplicación del adjetivo exagerado para calificar la novela de Martín Romaña en lugar de la vida de su protagonista. Y convendrá, por tanto, identificar el sentido de esa exageración que tan acertadamente sintetiza la experiencia de muchos lectores con la obra de Bryce Echenique. El propio texto de la novela suministra no pocas pistas de identificación del concepto de la vida al que responde la exageración de Martín Romaña: es esa cualidad que estriba en una reclusión y una autodefensa frente al mundo, en ver irremediamente las dos caras de las cosas y ser sensible a los motivos de ambas. Significa el recelo instintivo a todo gregarismo nivelador y homogéneo y la autoprotección enfermiza y refugiada en sus deficiencias, sus egosmos y sus fantasías.

Dos momentos me parecen particularmente reveladores de esa raíz cordial de la actitud del personaje, reforzados por alguno de los episodios más conmovedores de la novela. Una vez más desde la lógica retrospectiva, autobiográfica, el escritor Martín Romaña invocará la fidelidad a sí mismo para garantizar una supervivencia aceptable: “Nunca intenté explicarle a Inés que precisamente por ellas [las locuras de Martín Romaña] me amaba, que cambiar era perderla, y tuve que seguir siendo una verdadera calamidad hasta que se hartó y se fue. Es complicado el asunto, pero es hermoso eso de *vivir siempre en su ley* hasta que le cae a uno encima, enorme, la espada de Damocles.” (92) Llamo la atención sobre esa expresión porque identifica el principio de conducta de Martín Romaña y, por tanto, el origen determinante de su vida exagerada: la fidelidad a sí mismo por excéntrico que aparezca, por irreverente que resulte o, todavía, por incomprensible que sea para los demás.

Otro momento resulta igualmente revelador de esa misma lógica de conducta: “la vida es igual por todas partes, y si no es igual por todas partes, yo sí soy igual por todas partes” (94). Acude de inmediato a la memoria esa singular ineptitud para cumplir con el protocolo de las veladas diplomáticas que narra Bryce en *Permiso para vivir* y habla de la misma incapacidad de suplantación de la propia personalidad — tan entrañablemente romántica —, aunque los lugares en que se experimenta esa limitación en *La vida exagerada...* no sean las recepciones de Fidel Castro sino los lóbregos tugurios en que conspira el Grupo...

Porque es frente al dogmatismo cerril y frente a la candidez obstinada y fanática donde Martín Romaña descubre enteramente la sustancia más honda de su propia personalidad. Ese ser “intelectual de medias tintas” (112), dubitativo e inseguro como hijo que es de quien padece la “silenciosa manía de dudar”¹²,

constituye el mejor patrimonio del personaje. De ahí muchos de sus rasgos e, incluso, ese último balance sentimental sobre mayo del 68 que puede transmitir la novela y que sintetizó el propio Bryce en un artículo previo, incluido en su ya citada *A vuelo de buen cubero*: “no hemos comprendido, repito, que más era lo que había que *sentir* que lo que había que comprender. Fue instintiva, emotiva, generosa y sentimental la reacción del estudiantado y la del proletariado más joven o más avanzado”¹³. Y se explica así el diferente marxismo que vive Martín Romaña frente al doctrinarismo del Grupo y también de ahí esa suerte de marxismo humanista que practica, basado en la comprensión íntima de las cosas y el rechazo al juicio hecho y la obediencia ciega. La conciencia de la riqueza del mundo ha de chocar con las muletas intelectuales que recomienda el Director de Lecturas y es mucho más aleccionador hurgar en la sensibilidad doméstica de las autoridades del marxismo:

me enteraba de que Lenin era capaz de todo menos de escucharse una sinfonía de Beethoven, por temor a que le hiciera trizas un alma cuyo tiempo completo estaba consagrado a la revolución. Allí aprendí que también para ellos existía la debilidad y aprendí a admirarlos más por aquellos momentos en que fueron hombres sentados a la mesa con su esposa, quejándose del frío y de un cheque que no llegaba (130).

Arriba anunciaba un episodio clave desde este punto de vista, y se trata de la revelación de la crisis personal y autodestructiva de Pies Planos, caso particular que objetiva el futuro presumible de Martín Romaña como escritor de una novela que no ama. La mujer de Pies Planos confía sus dolores a Martín en un pasaje sin desperdicio:

Martín, él es un poeta, si hay algo que él es, es poeta, está todo el tiempo como autocensurándose, autoreprimiéndose, se niega a hablar de la poesía que hizo, se niega a mis amigos porque estudian literatura, se niega a leer cualquier cosa que no tenga que ver con la política peruana. *Se niega a sí mismo*, Martín, y así también se niega una copa de vino o una película o un cigarrillo. Y cada día se olvida más de las cosas y cada día llora más por las noches (310).

Omito subrayar la equivalencia de la frase destacada con aquel “vivir en su propia ley” de un pasaje anterior porque es un principio axiomático con respecto a la posibilidad de ser feliz, emotiva y contradictoriamente feliz. El estallido de mayo del 68 comportará diversas rupturas en la vida de Martín Romaña, todas ellas conducentes a soluciones paradójicas o ambivalentes que confirmarán su incapacidad para el desdoblamiento o para la adaptación inteligente al darwinismo social. Es verdad que pasará a ser el autor de la novela que quiso escribir desde siempre, pero que también perderá a su amada Inés desde un memorable capítulo, “El gran bolondrón”; es verdad que adoptará un firme plan de “reconstrucción y modernización completa” (510) de su persona, pero será después de atravesar una depresión neurótica “agravada por una falta total de agresividad ante el mundo” (504); es verdad que abandonará

el propósito de escribir novelas destinadas a analfabetos pero a costa de romper también con los residuos de sueños revolucionarios y aun a costa de desinflar el ficticio micromundo de la “retaguardia emotiva y retórica” de la guerrilla peruana instalada en París (328). La entrañable literatura de Bryce reside en esa continua legitimación de los avatares privados, basada en los propios afectos antes que en un cálculo racional de intereses, en la conciencia del coste de toda decisión pero también de la fatalidad de tomarla, en la lucidez de conocer el destino irremediamente lúgubre del hombre, aunque sea bajo el disfraz ocasional de un momento emotivo y feliz.

Las tres rupturas se hilvanan una detrás de otra: literaria, primero, ideológica, después, y sentimental, por último. Pero es esta última y previsible ruptura la que condensa los demás ingredientes gracias a la — tan cortazariana — atribución de peculiares gestos y hábitos a Inés. Por eso tiene una carga emocional muy caudalosa ese cinematográfico final de su relación con ella, tan bien resuelto literariamente en la explotación de su polisémica y cruel bizquera: “Si me cuesta tanto contarles el final de esta historia es porque quisiera ahorrarles la pena de saber que Inés no estuvo a la altura de lo que yo soñé aquella noche en el aeropuerto. Le faltó algo enorme, y no logró comportarse como mi dulcísima paloma. Sé que le sobró bizquera” (609). Y esa bizquera no es más que la mezcla de obstinación, fanatismo dogmático, ausencia de sentido del humor y una profunda inmadurez objetivada en los movimientos pendulares de su existencia: la acendrada católica practicante, absorbida por el nuevo catecismo marxista, termina en los brazos del seguro señor y economista brasileño a quien desestimó al principio de la novela en favor, justamente, del “joven escritor inédito al que amaba con toda su alma pero que no cesaba de cometer locuras” (92). Es esa bizquera lo que emblematiza los obstáculos para la búsqueda de la felicidad, aun cuando ésta sea sólo la huida del gregarismo, la independencia moral o la propensión a los cortocircuitos sentimentales. La peripecia y el tratamiento de Inés podrían sintetizar la melancólica sabiduría de un escritor y, seguramente, también su lucidez para trazar desde el humor el destino intermitente de abandono y desamor de personajes que, como Martín Romaña, no lo merecían.

NOTAS

- 1 De la peripecia cuenta cosas de interés el propio Barral en *Cuando las horas veloces*, Barcelona, Tusquets, 1988, pp. 261 y 271, y el propio Bryce Echenique más por extenso, en *Permiso para vivir. (Antimemorias)*, Barcelona, Anagrama, 1993, pp. 275-277.
- 2 A. Bryce Echenique, *Permiso para vivir*, ob. cit., p. 19.
- 3 Fernando R. Lafuente, “Entrevista con Bryce Echenique”, en F. R. Lafuente, *Alfredo Bryce Echenique*, Madrid, Ed. de Cultura Hispánica, 1991, p. 79 (parcialmente anticipada en *Insula*, 517 (enero-1990), pp. 28 y 26-27). Pero véase igualmente, del propio Bryce Echenique, “Mirando a Cortázar premiado”, *A vuelo de buen cubero*, Barcelona, Anagrama, 1977, pp. 114 y ss.

4 Ibidem, p. 87.

5 La alusión concreta en Bryce Echenique, *Permiso para vivir*, ob. cit., p. 328, pero véanse los primeros capítulos de la segunda parte, "Cuba, a mi manera", que evocan el período de mayo del 68 en París con algunas claves y personajes de interés.

6 Cf. A. Bryce Echenique, *Permiso para vivir*, ob. cit., p. 329, por ejemplo.

7 A. Bryce Echenique, "Un film sobre mayo del 68 y su público", en *A vuelo de buen cubero*, ob. cit., pp. 99-100.

8 A. Bryce Echenique, *La vida exagerada de Martín Romana*, Barcelona, Argos Vergara, 1981, p. 162 y cf. también la milagrosa página 421 que dedica a la asunción del oficio de escritor. En adelante citaré la página en el cuerpo del texto.

9 Joaquín Marco, *Literatura hispanoamericana: del Modernismo a nuestros días*, Madrid, Espasa Calpe, Austral, 1987, pp 454-458 y Rafael Cont: en F. R. Lafuente, *Alfredo Bryce Echenique*, ob. cit., pp. 18-21.

10 Fernando R. Lafuente, *Alfredo Bryce*, ob. cit., p. 46.

11 F. Rodríguez-Peralta, "The subjective narration of Bryce Echenique's *La vida exagerada de Martín Romana*", en *Hispanic Journal*, 10.2 (Spring 1989), p. 143.

12 A. Bryce Echenique, "Relectura indócil", en *A vuelo de buen cubero*, ob. cit., p. 149.

13 A. Bryce Echenique, *A vuelo de buen cubero*, ob. cit., p. 94.